

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

OMOTOSO, KOLE (1998), *Migración hacia el sur*. Ed. Bellaterra (Biblioteca de Estudios Africanos). Barcelona. 189 pp.

Ediciones Bellaterra, a través de su colección Biblioteca de Estudios Africanos, magistralmente dirigida por Alfred Bosch, nos acerca de nuevo a la realidad africana de la mano de Kole Omotoso (Akure, 1943), intelectual nigeriano formado en la Universidad de Ibadan. Crítico literario y académico, ha desempeñado su actividad docente en las universidades de Stirling (Escocia), la Universidad Nacional de Lesotho, la de Ile-Ife (Nigeria) y, desde 1992, en la de West Cape (República Sudafricana). Con motivo de este último traslado redactó *Season of migration to the South* (*Migración hacia el sur*, en la edición castellana) original ensayo de carácter personal en el que Omotoso revela sus argumentos acerca de la realidad política y social de Nigeria, y en general, de toda el África sursahariana.

En realidad, la migración hacia el sur de Omotoso es doble: por un lado, su propia migración personal, puesto que escribe este ensayo en los días inmediatos a su traslado a la universidad sudafricana; pero hay otra, mucho más profunda y de carácter global que se desprende de sus líneas. Se trata de la que deben hacer las mentes occidentales hacia el sur, en oposición a la migración forzada que, desde el sur hacia el norte, acucia a buena parte del planeta. Propone, además, como ejemplo para el resto de África, la situación sudafricana, en la que el final del *apartheid* parece iluminar un nuevo camino de convivencia interracial

Lo primero que llama la atención del trabajo de Omotoso es la vehemencia con la que defiende razonamientos que, de no ser porque provienen de un africano, serían tildados con toda seguridad, como apología del colonialismo. En efecto, en los tiempos que corren, y a la luz de las noticias que nos llegan a través de los medios de comunicación, es frecuente la conmiseración, el sentimiento de lástima, cuando no de culpa, entre los europeos en todo lo relativo a África. Resulta común el argumento que justifica los males actuales africanos como consecuencia de la defectuosa política colonizadora, de una lamentable descolonización y de un posterior sometimiento económico a las antiguas potencias (neocolonización). Aunque no podemos ignorar que estos tres factores existen, sorprende la advertencia de Omotoso de que no todos los africanos reclamaban con voz unánime el fin de la dominación blanca, y que, una vez concedida la independencia política, los estadistas africanos no fueron ni ejemplares ni inocentes en la ruina progresiva de sus países.

El libro se estructura en diez capítulos de fácil lectura y claridad expositiva, aunque se echa en falta, en conjunto, una mayor coherencia formal. En realidad, la obra puede

entenderse más como una amalgama de reflexiones ante problemas concretos y actuales de la realidad africana, antes que como un discurso hilado y fluido. Cada una de esas reflexiones ocupa un capítulo, que estaría desconectado de los demás de no ser porque procede del mismo autor y trasluce por tanto las mismas inquietudes.

Destaca, por su singularidad, el objetivo análisis que Omotoso realiza de la llegada del hombre blanco a África, y las reacciones que este encuentro no buscado suscitó en las poblaciones locales. Y objetivo parece, porque el autor elude presentar este episodio como han hecho con frecuencia la filmografía y la literatura, e incorpora, junto a la imagen estereotipada de tribus hostiles, antropofagia y animismo, otra menos conocida —documentada con escritos de la época— que anhelaba la llegada del hombre blanco para que éste estableciera su autoridad entre los africanos, eliminara las rivalidades internas, e instaurara un régimen gobernado por leyes europeas. La carta de los reyes del Camerún a la reina Victoria en 1879 solicitando un cónsul inglés resulta, ciertamente, un golpe de efecto, mediante el cual Omotoso lamenta que los intelectuales africanos, impregnados de panafricanismo antieuropeísta, hayan evitado explicar esta disposición de sus antepasados para aceptar la tutela europea en el proceso de reorganización de sus sociedades. Y afirmar esto desde dentro tiene un valor añadido.

Por supuesto, Omotoso sabe que hubo otra actitud, y no niega que el rechazo y la hostilidad existió. Aporta también testimonios de primera mano, como la contestación del rey Mosi (en la actual Burkina) al capitán Destenave, militar francés al mando de las tropas que pretendían ocupar este territorio: «Sé que los blancos quieren matarme con el fin de apoderarse de mi país, y sin embargo usted sostiene que me ayudarán a organizarlo. Pero mi país me parece bien tal y como está. No los necesito. Sé lo que es necesario para mí y lo que quiero: tengo mis propios mercaderes; también ha de considerarse afortunado de que no mando que le corten la cabeza. Váyase ahora y, sobre todo, no regrese jamás».

Aportando también información de distinto signo, Omotoso aborda el problema lingüístico y se pregunta qué lengua debe hablar para difundir su trabajo. El empleo del inglés, denostado por el panafricanismo tradicionalista, le resulta, sin embargo, imprescindible para superar el localismo yoruba. «Saber cuándo se ha perdido» es el título de un epígrafe que no requiere más explicación, y que transmite a la vez desconsuelo y ansias por comenzar un nuevo camino: el del bilingüismo, que asume como parte de su riqueza cultural, y no como un hecho impuesto, mientras critica a los propios africanos en el escaso desarrollo e importancia concedida a las lenguas autóctonas, una vez lograda la independencia.

Enriquecen el trabajo, a pesar de no estar bien conectados con el resto, los capítulos sobre la corrupción institucional en Nigeria, y la mirada a Haití como primer ejemplo de la liberación colonial para los afroamericanos.

En definitiva, una obra singular, en formato de ensayo autobiográfico, de la mano de uno de los intelectuales nigerianos más reconocidos en la actualidad. Aporta sugestivas ideas que invitan a la reflexión, analiza críticamente el movimiento panafricanista y, sin duda, amplía la estrecha visión que, por desgracia, aún mantenemos sobre este continente. Sólo se le puede reprochar, a nuestro juicio, una traducción mejorable, y que el trabajo adolezca de una notable falta de coherencia global.

*Francisco José Torres Alfosea*